

ña? ¿Nos ha dado Felipe la libertad en compensación de esas desgracias? Ha pasado su tiempo en pedir su legitimación entre los potentados, en degradar á la Francia, haciéndola ir á la cola de la Inglaterra, entregándola en rehenes; ha procurado hacer venir el siglo á él, hacerle viejo con su raza, no queriendo rejuvenecerse con el siglo.

¿Por qué no casaba á su hijo mayor con alguna hermosa plebeya de su patria? Eso habría sido casarse con la Francia: ese himeneo del pueblo y la monarquía habría hecho arrepentirse á los reyes, porque esos reyes, que ya han abusado de la sumisión de Felipe, no se contentarán con lo que ya han obtenido: el poder popular que se trasluce al través de nuestra monarquía municipal les asusta. El potentado de las barricadas, para ser enteramente grato á los potentados absolutos, debería sobre todo destruir la libertad de imprenta y abolir nuestras instituciones constitucionales. En el fondo de su alma las detesta tanto como ellos, pero tiene que guardar ciertos miramientos. Todas esas dilaciones desagradan á los demás soberanos, y no puede hacérselas llevar con paciencia sino sacrificándoles todo en lo exterior: para acostumbarnos á ser interiormente feudatarios de Felipe, principiamos por hacernos vasallos de la Europa. He dicho cien veces, y lo repetiré todavía, que la antigua sociedad se muere. Para tomar el menor interés por lo que existe, no soy bastante cándido, ni bastante charlatan ni estoy bastante engañado por mis esperanzas. La Francia, la nación mas madura de las actuales, se irá probablemente la primera. Es probable que los primogénitos de los Borbones, á los cuales moriré adicto, no hallen hoy siquiera un abrigo duradero en la antigua monarquía. Nunca los sucesores de un monarca inmolado han llevado por largo tiempo su manto desgarrado: hay desconfianza por una y otra parte: el príncipe no se atreve á descansar sobre la nación, y la nación no cree que la familia restaurada pueda perdonarlo. Un cadalso levantado entre un pueblo y un rey les impide verse: hay tumbas que nunca se cierran. La cabeza de Capeto estaba tan elevada, que los mezquinos verdugos tuvieron que echarla abajo para arrancarle su corona, como los caribes cortaban la palmera para coger el fruto. El tallo de los Borbones se había propagado en los diversos troncos, que, encorvándose, echaban raíces y volvían á levantarse convertidos en soberbios mugrones: esa familia, despues de haber sido el orgullo de las demás estirpes reales, parece haber llegado á ser su fatalidad.

¿Pero sería mas razonable creer que los descendientes de Felipe tendrán mas probabilidades de reinar que el joven heredero de Enrique IV? Por mas que se combinen diversamente las ideas políticas, las verdades morales permanecen inmutables. Hay reacciones inevitables de enseñanza, magistrales, vengadoras. El monarca que nos inició en la libertad, Luis XVI, se vió precisado á expiar en su persona el despotismo de Luis XIV y la corrupción de Luis XV; ¿y se quiere que Luis Felipe, él ó su línea, no pague la deuda de la depravación de la regencia? Esa deuda, ¿no ha sido contraída nuevamente por *Egalité* en el cadalso de Luis XVI, y no ha aumentado el contrato paternal, cuando, tutor infiel, destronó á su pupilo? *Egalité*, al perder la vida, no ha rescatado nada: las lágrimas del último suspiro no rescatan á nadie, no mojan mas que el pecho, y no caen sobre la conciencia. Si la rama de Orleans pudiera reinar por derecho de los vicios y de los crímenes de sus antepasados, ¿dónde estaría la Providencia? Jamás tentación mas espantosa habría desquiciado al hombre de bien. Lo que forma nuestra ilusión es que medimos los designios eternos por la escala de nuestra corta vida. Nosotros pasamos con demasiada prontitud para que el castigo de Dios pueda siempre interponerse

en el corto momento de nuestra existencia: el castigo sobreviene cuando llega la hora: no encuentra ya el primer culpable; pero encuentra su raza, que deja el espacio para obrar.

Elevándose el orden universal, el reinado de Luis Felipe, cualquiera que sea su duración, no será mas que una anomalía, que una infracción momentánea de las leyes permanentes de la justicia; esas leyes aparecen violadas en un sentido limitado y relativo; pero se hallan seguidas en un sentido ilimitado y general. De una enormidad, consentida en apariencia por el cielo, hay que sacar una consecuencia mas elevada: hay que deducir de ella la prueba cristiana de la abolición misma del trono. Esa abolición, no un castigo individual, sería la verdadera expiación de la muerte de Luis XVI: nadie sería admitido, despues de aquel justo, á ceñir la diadema: testigos Napoleón, el Grande, y Carlos X, el Piadoso. Para acabar de hacer odiosa la corona, pudiera haberse permitido al hijo del regicida reposar por un momento como falso rey en el lecho ensangrentado del mártir.

Por lo demás, estos raciocinios, por exactos que sean; no quebrantarán mi fidelidad á mi joven rey: aun cuando no le quedara en Francia mas que á mí, tendré siempre á orgullo haber sido el último súbdito del que debía ser el último rey.

## THIERS.

La revolución de julio ha hallado su rey; pero ¿ha hallado su representante? He pintado en diferentes épocas los hombres que desde 1789 hasta aquel día han aparecido en la escena. Esos hombres participaban mas ó menos de la antigua raza humana: había una escala de proporción para medirlos. Hemos llegado á generaciones que no pertenecen ya á lo pasado: estudiadas al microscopio, no parecen capaces de vida, y sin embargo, se combinan con elementos en los cuales se mueven y respiran un aire que no podría respirarse. El porvenir inventa quizá fórmulas para calcular las leyes de existencia de los seres; pero al presente no hay medio alguno de apreciarlas.

Sin poder, pues, explicar la especie cambiada, se notan aquí y acullá algunos individuos en quienes puede fijarse la atención, porque defectos particulares ó cualidades distintas les hacen salir de la esfera comuu. Mr. Thiers, por ejemplo, es el único hombre que la revolución de julio haya producido. Ha fundado la escuela administrativa del terror, á la cual pertenece. Si los hombres del terror, esos renegadores y renegados de Dios, fuesen tan grandes hombres, la autoridad de su juicio debería hacer fuerza; pero esos hombres, despedazándose, declaran que el partido que acuchillan es un partido de tunantes. Véase lo que Mad. Roland dice de Condorcet; lo que Barbaroux, principal actor del 10 de agosto, piensa de Marat; lo que Camilo Desmoulins escribe contra Saint-Just. ¿Habrá que apreciar á Danton por la opinión de Robespierre, ó á Robespierre por la opinión de Danton? Cuando los convencionistas tienen tan pobre idea unos de otros, ¿cómo podríamos atrevernos, sin faltar el respeto que se les debe, á formar una opinión diferente de la suya?

El jacobinismo, en su espíritu material, no echa de ver que el terror se frustró por no ser capaz de llenar las condiciones de su duración. No pudo llegar á su objeto, porque no pudo hacer caer bastantes cabezas; habría necesitado cuatrocientas mil ó quinientas mil mas, y falta el tiempo para la ejecución de esas largas matanzas: no quedan mas que crímenes sin concluir, cuyo fruto no puede recogerse porque el último sol de la tempestad no acaba de madurarlo.

El secreto de las contradicciones de los hombres del día está en la privación del sentido moral, en la

ausencia de un principio fijo, y en el culto de la fuerza: todo el que sucumbe es culpable, y no tiene mérito, al menos ese mérito que se asimila á los sucesos. Detrás de las frases liberales de los partidarios del terror, no debe verse sino lo que se oculta en ellas: El triunfo divinizado. No adoreis á la Convención sino como se adora á un tirano. Derribada la Convención, pasad con vuestro equipaje de libertad al directorio, luego á Bonaparte: y eso sin sospechar vuestra metamorfosis, sin que penseis haber cambiado. Dramatista jurado, al paso que mirais á los girondinos como á unos pobres diablos porque fueron vencidos, no por eso dejareis de sacar de su muerte un cuadro fantástico: eran unos gallardos mozos, que caminaban coronados de flores al sacrificio. Los girondinos, facción cobarde, que hablaron en favor de Luis XVI y votaron su ejecución, hicieron, á la verdad, maravillas en el cadalso; pero entonces, ¿quién no arrostraba con valor la muerte? Las mujeres se distinguieron por su heroísmo: las jóvenes de Verdun subieron al altar como Ifigenia; los artesanos, sobre quienes se guarda un prudente silencio, esos plebeyos, entre los que la Convención hizo tan abundante cosecha, arrostraban el hacha del verdugo tan resueltamente como nuestros granaderos el hierro del enemigo. Por cada sacerdote y cada noble inmoló la Convención millares de obreros en las últimas clases del pueblo: esto es lo que nunca se quiere recordar.

¿Hace estado Mr. Thiers de sus principios? Nada menos: ha preconizado el asesinato y predicaría la humanidad de una manera igualmente edificante: mostrábase fanático por las libertades, y oprimió en Lyon, fusiló en la calle de Trasonain y sostuvo con todos y contra todas, las leyes de setiembre: si alguna vez llega á leer esto, lo tomará por un elogio.

Presidente Mr. Thiers del consejo y ministro de Negocios Extranjeros, se extasia en las intrigas diplomáticas de la escuela de Talleyrand y se expone despues á ser tenido por un monote por falta de aplomo, de gravedad y de silencio. Puede uno burlarse de lo serio y de las grandezas del alma, pero no debe decirlo antes de haber llevado al mundo subyugado á sentirse en las orgías de Grande-Vaux.

Por lo demás, Mr. Thiers reúne á costumbres inferiores un instinto elevado, mientras que los supervivientes feudales, hechos cangrejos, se han convertido en administradores de sus tierras; Mr. Thiers, gran señor del renacimiento, viaja como otro Atico, compra en los caminos objetos de arte; y resucita las prodigalidades de la antigua aristocracia, esa es una distinción; pero si siembra con tanta facilidad como recoge, debería precaverse mas contra el compadrazgo de sus antiguos hábitos: la consideración es uno de los ingredientes de la persona pública.

Agitado Mr. Thiers por su naturaleza de azogue, pretendió ir á matar en Madrid la anarquía que yo había derribado en 1823, proyecto tanto mas osado, cuanto que Mr. Thiers luchaba con las opiniones de Luis Felipe. Puede él suponerse un Bonaparte; puede creer que su cortaplumas no es mas que una prolongación de la espada napoleónica; puede persuadirse de que es un gran general; puede soñar la conquista de Europa por la razón de haberse constituido en historiador de ella y haber hecho muy inconsideradamente volver las cenizas de Napoleón. Me allano á todas esas pretensiones; solo diré, en cuanto á España, que en el momento en que Mr. Thiers pensaba invadirla, le engañaban sus cálculos; que habría perdido á su rey en 1836, y yo salvé al mío en 1823. De consiguiente, lo esencial es hacer oportunamente lo que se quiere hacer; existen dos fuerzas: la fuerza de los hombres y la fuerza de las cosas: cuando una está en oposición con la otra, nada se hace. En los momentos actuales Mirabeau no conmoviera á nadie, aun cuando su corrupción no le perjudicaria; porque en la actua-

lidad nadie es mal mirado por sus vicios, y solo es difamado uno por sus virtudes.

Mr. Thiers tiene á su elección uno de estos tres partidos: declararse representante del porvenir republicano, posarse sobre la monarquía contrahecha, como un mono sobre el lomo de un camello, ó reanimar el orden imperial. Este último partido sería del gusto de Mr. Thiers; pero, ¿es posible el imperio sin el emperador? Mas natural es creer que el autor de la *Historia de la Revolución* se dejará absorber por una ambición vulgar, querrá permanecer en el poder ó volver á él, y á fin de conservar ó recobrar su puesto, cantará todas las palinodias que la ocasión ó su interés parezcan exigirle: hay audacia en despojarse uno ante el público; ¿pero es Mr. Thiers bastante joven para que su belleza le sirva de velo?

Dejando á un lado á Deutz y á Judas, reconozco en Mr. Thiers un talento flexible, pronto, fino, maleable, heredero tal vez del porvenir, que todo lo comprende, á excepción de la grandeza, que proviene del orden moral: sin envidia, sin pequeñez y sin presunciones, se destaca sobre el fondo sombrío y oscuro de las medianías de su tiempo. Su excesivo orgullo no es todavía odioso, porque no consiste en despreciar á otro. Mr. Thiers tiene recursos, variedad, dones felices; se cuida poco de las diferencias de opinión, no conserva rencor, no teme comprometerse; hace justicia á un hombre, no por su probidad ó por lo que piensa, sino por lo que vale, lo cual no le impediría hacernos ahorcar á todos, llegada la ocasión. Mr. Thiers no es lo que puede ser: los años le modificarán, á menos que no se oponga á ello la hinchazón del amor propio. Si su cerebro se mantiene firme y no le acomete un arrebatado de cabeza, los negocios revelarán en él cualidades superiores, aun no conocidas. Debe crecer ó menguar prontamente: hay grandes probabilidades de que Mr. Thiers sea un gran ministro ó se quede en borrador.

A Mr. Thiers le ha faltado ya resolución cuando tenía en sus manos la suerte del mundo: si hubiese dado orden de atacar la escuadra inglesa, siendo, como éramos entonces, superiores en fuerza en el Mediterráneo, quedaba asegurado nuestro triunfo: las escuadras turca y egipcia reunidas en el puerto de Alejandría habrían venido á aumentar la nuestra: un triunfo obtenido sobre la Inglaterra habría electrizado á la Francia. Habríanse hallado al momento ciento cincuenta mil hombres para entrar en Baviera y arrojarse sobre algun punto de Italia, en donde nada estaba preparado para un ataque. El mundo entero podía haber cambiado de faz una vez todavía. ¿Habría sido justa nuestra agresión? Ese es otro asunto; pero habríamos podido preguntar á la Europa si se había conducido lealmente con nosotros en los tratados, en que, abusando de la victoria, se engrandecieron desmesuradamente la Rusia y la Alemania mientras que la Francia quedaba reducida á sus antiguas fronteras mezquinas. Como quiera que sea, Mr. Thiers no se atrevió á jugar su última carta: contemplando su vida, no se encontró bastante apoyado, y sin embargo, por lo mismo que nada ponía en el juego, hubiera podido jugarlo todo. Hemos caído á los pies de Europa, y quizá no se presente en mucho tiempo una ocasión igual de volver á levantarnos.

En último resultado, Mr. Thiers, por salvar su sistema, ha reducido á la Francia á un espacio de quince leguas que ha hecho herizar de fortalezas: veremos si la Europa tiene razón en reirse de esa niñada del gran pensador, y véase aquí como, arrastrado por la pluma, he consagrado mas páginas á un hombre incierto de porvenir de las que he concedido á personajes cuya memoria se halla asegurada. Es una desgracia vivir demasiado: he llegado á una época de

esterilidad, en que la Francia no ve correr ya sino generaciones flacas: *Lupa carca nella sua magrezza*. Estas memorias pierden su interes con los dias que han sobrevenido, pierden lo que podian tomar de la grandeza de los sucesos, y temo que terminen como las hijas de Acheloo. El imperio romano, magnificamente anunciado por Tito Livio, se estrecha y extingue oscuro en el relato de Cassiodoro: ¡Mas felices érais vosotros, Thucídides y Plutarco, Salustio y Tácito, cuando referiais los partidos que dividian á Atenas y á Roma! ¡Al menos estábais seguros de animarlos, no solo por vuestro genio, sino tambien por el brillo de la lengua griega y la gravedad de la latina! ¿Qué podríamos contar de nuestra sociedad agonizante, nosotros, Welches, en nuestra gerga confinada á límites estrechos y bárbaros? Si estas últimas páginas repitiesen nuestras machaquerías de tribuna; esas eternas definiciones de nuestros derechos, nuestros pugilatos de carteras, ¿serian dentro de cincuenta años otra cosa que las ininteligibles columnas de una gaceta antigua? Entre mil conjeturas, ¿se hallaria una sola verdadera? ¿Quién preveria los extraños saltos y aberraciones de la movilidad del espíritu frances? ¿Quién podria comprender cómo sus execraciones y sus infatuaciones, sus maldiciones y sus bendiciones, se sucedian sin causa aparente? ¿Quién podria adivinar y explicar cómo adora y detesta sucesivamente, cómo deriva de un sistema político, cómo con la libertad en los labios y la esclavitud en el corazón, cree por la mañana en una verdad, y por la tarde queda persuadido de otra verdad contraria? Arrojadnos algunos granos de arena, y, como otras abejas de Virgilio, dejaremos nuestra contienda para volar á otra parte.

MR. DE LAFAYETTE.

Si por casualidad se agita todavía algo de grande aquí bajo, nuestra patria permanecerá acostada. El seno de una sociedad que se descompone es infeundo: hasta los crímenes que engendra son crímenes abortados, porque se hallan atacados de la esterilidad de su principio. La época en que entramos, es el carril por donde generaciones, fatalmente condenadas, arrastran al antiguo mundo hácia un mundo desconocido.

Mr. de Lafayette acaba de morir en este año de 1834. Hubiera sido injusto en otro tiempo al hablar de él, y lo hubiera representado como una especie de necio de dos caras y de dos reputaciones; héroe del otro lado del Atlántico, Gilles en el lado de acá. Se han necesitado mas de cuarenta años para reconocer en Mr. de Lafayette cualidades que todos se obstinaban en negarle. En la tribuna se expresaba con facilidad, y en el tono de un hombre de buena sociedad. Ninguna sobra ha oscurecido su vida: era afable, agasajador y generoso. En tiempo del imperio fue noble, y vivió aislado; durante la restauracion no conservó tanta dignidad. rebajándose hasta dejarse nombrar venerable del carbonarismo, y jefe de pequeñas conspiraciones: no tuvo poca suerte en sustraerse en Beafort á la justicia como un aventurero vulgar. A los principios de la revolucion no se mezcló con los degolladores; peleó á mano armada, y quiso salvar á Luis XVI; pero al paso que aborrecia las matanzas y se veia obligado á huirlas, halló elogios para escenas en que se llevaban cabezas en la punta de las picas.

Mr. de Lafayette se ha elevado, porque ha vivido; hay cierto renombre que salta espontáneamente del talento, y cuyo brillo aumenta la muerte, cortando el talento en la juventud; y hay otra fama, producto de la edad, hija tardía del tiempo, y que no siendo grande por sí misma, lo es por las revoluciones en que la ha colocado el acaso. El que tiene esa fama, por

tenerla, anda mezclado en todo: su nombre llega á ser la bandera ó la divisa de todo: Mr. de Lafayette será eternamente la *guardia nacional*. Por un efecto extraordinario, el resultado de sus acciones estaba con frecuencia en contradiccion con sus ideas: realista, derribó en 1789 un trono de ocho siglos: republicano, creó en 1830 el trono de las barricadas: se ha marchado dando á Felipe la corona que quitó á Luis XVI. Amasada con los elementos, cuando los aluviones de nuestra desgracia se hayan consolidado, se hallará incrustada su imágen en la pasta revolucionaria.

Su ovacion en los Estados-Unidos le realzó singularmente. Al levantarse un pueblo para saludarle, le cubrió con el brillo de su reconocimiento. Everett termina con este apóstrofe el discurso que pronunció en 1824:

«¡Bien venido seas á nuestras playas, amigo de nuestros padres! Goza de un triunfo de que no ha participado ningun monarca ni conquistador de la tierra. ¡Ay! Washington, el amigo de vuestra juventud, el que fue mas que amigo de su país, yace tranquilo en el seno de la tierra que ha hecho libre. Descansa en la paz y en la gloria sobre las orillas del Potomac. Volvereis á ver las sombras hospitalarias del Mont-Vernon; pero al que venerásteis no le volvereis á hallar en el umbral de su puerta. En su lugar y en su nombre os saludan los hijos reconocidos de la América. ¡Seais mil veces bien venido á nuestras playas! A cualquier parte del continente adonde dirijais vuestros pasos os bendecirá todo el que pueda oír el sonido de vuestra voz.

En el Nuevo Mundo contribuyó Mr. de Lafayette á la formacion de una sociedad nueva: en el mundo antiguo á la destruccion de una sociedad antigua: la libertad le invoca en Washington; la anarquía en París.

Mr. de Lafayette no tenia mas que una sola idea, y afortunadamente para él era la del siglo: la fijeza de esa idea ha hecho su imperio: sirvióle de anteojera que le impedia mirar á derecha é izquierda: marchaba con paso seguro en una sola línea: avanzaba sin caer entre los precipicios, no porque los viese, sino porque no los veia; la ceguedad hacia en él las veces del genio: todo lo que es fijo es fatal, y lo que es fatal es poderoso.

Veo tambien á Mr. de Lafayette al frente de la guardia nacional pasar en 1790 por los *bulevares* en direccion al arrabal de San Antonio; el 22 de mayo de 1834 le vi tendido en su ataúd seguir los mismos *bulevares*. Entre la comitiva se notaba un grupo de americanos, cada uno de los cuales llevaba al pecho una flor amarilla. Mr. de Lafayette habia hecho traer de los Estados-Unidos una cantidad de tierra suficiente para que le cubriese en su tumba; pero su designio no ha quedado cumplido.

«Y pedireis para la santa reliquia algunas urnas de tierra al suelo de la América, y traeréis esa sublime almohada á fin de que despues de la muerte sus despojos queridos puedan al menos tener en su patria seis piés de tierra libre en que dormir.»

En el momento fatal, olvidando á la vez sus sueños políticos y las novelas de la vida, quiso reposar en Picpus, al lado de su virtuosa mujer: la muerte hace volver todo al órden.

En Picpus, yacen enterradas víctimas de esa revolucion principiada por Mr. de Lafayette: allí se eleva una capilla donde se ora continuamente en memoria de aquellas víctimas. En Picpus acompañé al duque Mateo de Montmorency, colega de Mr. de Lafayette en la Asamblea Constituyente: en el fondo de la fosa, la cuerda volvió el ataúd de aquel cristiano sobre un

lado, como si hubiese querido tomar esa postura para orar de nuevo.

Me hallaba yo entre la multitud á la entrada de la calle Grange-Bateliere cuando desfiló el convoy de Mr. de Lafayette: en lo alto de la cuesta del *bulevar* se detuvo el féretro: le vi brillar dorado por un rayo fugitivo del sol por encima de los cascos y de las armas: luego sobrevino la sombra y desapareció. La multitud se dispersó: las vendedoras de barquillos pregonaban su mercancía, y los vendedores de juguetes agitaban sus molinetes de papel que giraban al mismo viento, cuyo soplo habia agitado las plumas del carro fúnebre.

En la sesion de la cámara de Diputados del 20 de mayo de 1834 dijo el presidente:—«El nombre del general Lafayette será célebre en nuestra historia.... Al expresaros los sentimientos de pésime de la cámara, querido colega nuestro (Jorge Lafayette), uno á ellos la seguridad particular de mi cariño.» Al lado de estas palabras, el redactor de la sesion coloca entre paréntesis la de *hilaridad*.

Véase á lo que queda reducida una de las vidas mas graves. ¿Qué queda de la muerte de los hombres mas grandes? Un manto gris y una cruz de paja, como sobre el cuerpo del duque de Guisa, asesinado en Blois.

A poca distancia del que vendia á gritos por un sueldo en las verjas del palacio de las Tullerías la noticia de la muerte de Napoleon, ó á dos charlatanes hacer resonar los clarines con que vendian un antídoto; y en *El Monitor* del 21 de enero de 1793 he leído estas palabras, despues de darse cuenta de la ejecucion de Luis XVI:

«Dos horas despues de la ejecución nada anunciaba que el que hace poco era jefe de la nacion acabada de sufrir el suplicio de los criminales.» A continuacion de estas palabras se leia este anuncio: «*Ambrosio*, ópera cómica.»

Ultimo actor del drama representado hacia cincuenta años, Mr. de Lafayette habia permanecido en la escena; el coro final de la tragedia griega pronuncia la moral de la pieza: «Aprended, ciegos mortales, á volver los ojos hácia el último dia de la vida.» Y yo, espectador sentado en un salon vacío, desiertos los palcos, apagadas las luces, quedo solo de mi época ante el telon corrido con el silencio y la noche.

ARMAND CARREL.

Armand Carrel amenazaba el porvenir de Felipe como el general Lafayette perseguia su pasado. Ya he dicho cómo conocí á Mr. Carrel; desde 1832 no he cesado de estar en relaciones con él, hasta el dia en que le seguí al cementerio de Saint-Mandé.

Armand Carrel estaba triste; principiaba á temer que los franceses no fuesen capaces de un sentimiento razonable de libertad; tenia como cierto presentimiento de la brevedad de su vida, la cual estaba pronto siempre á arriesgar á un lance de dados, como una cosa sobre que no contaba y á la que no daba valor ninguno. Si hubiese sucumbido en su duelo con el joven Laborie, á propósito de Enrique V, su muerte habria tenido al menos una gran causa y un gran teatro; probablemente sus funerales habrian sido honrados con juegos sangrientos: al fin nos abandonó por una miserable querrela que no valia un solo cabello de su cabeza.

Hallábase en uno de sus accesos naturales de melancolía, cuando insertó con respecto á mí en *El Nacional* un artículo, al que respondí con este billete:

«París 5 de mayo de 1834.

«Caballero: Vuestro artículo está lleno de ese exquisito sentimiento de las situaciones y de la conveniencia, que os coloca sobre todos los escritores políticos del dia. No os hablo de vuestro raro talento: ya sabeis que antes de tener el honor de conoceros le he hecho entera justicia. No os doy gracias por vuestros elogios: quiero deberlos á lo que miro ahora como una antigua amistad. Os elevais muy alto, caballero; principiáis á aislaros como todos los hombres nacidos para una gran fama: poco á poco la multitud que no puede seguirlos los abandona, y se ven tanto mejor, por lo mismo que están aparte.

«CHATEAUBRIAND.»

Traté de consolarle con otra carta el 31 de agosto de 1834, cuando fue condenado por delito de imprenta. Recibí de él esta respuesta, que manifiesta las opiniones, los pesares y las esperanzas del hombre:

Al señor conde de Chateaubriand.

«Caballero: No he recibido vuestra carta del 31 de agosto hasta que llegué á París. Iria desde luego á daros las gracias, si no me viese precisado á consagrar á algunos preparativos para entrar en prision el poco tiempo que me podrá dejar la policía informada de mi regreso. Si, caballero; me hallo condenado á seis meses de prision por la magistratura por un delito imaginario, y en virtud de una legislación igualmente imaginaria, porque el jurado me habia absuelto de la acusacion mas fundada, y despues de una defensa que, lejos de atenuar mi crimen de verdad dicha á la persona del rey Luis Felipe, habia agravado ese crimen erigiéndole en derecho adquirido para toda la prensa de la oposicion. Tengo un placer en que las dificultades de una tesis tan atrevida en los tiempos que corren os hayan parecido casi vencidas por la defensa que habeis leído, y en la que me ha sido de tanta utilidad poder invocar la autoridad del libro en que instruíais hace diez y ocho años á vuestro propio partido de los principios de la responsabilidad constitucional.

«Muchas veces me pregunto con tristeza de qué habrian servido escritos tales como los vuestros y los de los hombres mas eminentes de la opinion á que pertenezco yo mismo, si de esa armonía de las mas elevadas inteligencias del país en la constante defensa de los derechos de discusion no hubiese resultado por fin para la masa de los ánimos en Francia un partido resuelto á querer bajo cualquier régimen, á exigir de todos los sistemas victoriosos, sean los que fueren, la libertad de pensar y de escribir, como condicion primera de toda autoridad legítimamente ejercida. ¿No es cierto, caballero, que cuando pediais en tiempo del último gobierno la mas amplia libertad de discusion, no la pediais para el servicio momentáneo que vuestros amigos políticos podian sacar en la oposicion contra adversarios que se habian hecho dueños del poder por medio de la intriga? Algunos se servian así de la prensa, que lo han demostrado bien despues; pero vos, caballero, pediais la libertad de discusion, por el bien comun; el arma y la proteccion general de todas las ideas antiguas ó modernas: eso es caballero, lo que os ha valido el reconocimiento y el respeto de las opiniones á que la revolucion de julio ha abierto nueva liza. Por eso nuestra obra se liga á la vuestra, y cuando citamos vuestros escritos lo hacemos, no tan-

to como admiradores del talento incomparable que os ha producido, como por aspirar á continuar de lejos la misma empresa, siendo soldados jóvenes de una causa, de la que sois el veterano mas glorioso.

»Lo que quisisteis hace treinta años y lo que yo querria, si me es lícito nombrarme despues que vos, es asegurar á los intereses que militan en nuestra hermosa Francia una ley de combate mas humana, mas civilizada, mas fraternal, mas concluyente que la guerra civil. ¿Cuándo lograremos poner frente á frente las ideas ó vez de los partidos, y los intereses legítimos y respetables en vez de los disfraces, el egoismo y la codicia? ¿Cuándo veremos efectuarse por medio de la persuasion y de la palabra esas inevitables transacciones que el duelo de los partidos y la efusion de sangre traen tambien por consuncion, pero de nasiado tarde, para los muertos de los dos campos y con mucha frecuencia sin provecho para los heridos ó sobrevivientes? Como decís dolorosamente, caballero, parece que muchas lecciones han sido perdidas y que no se sabe ya en Francia lo que cuesta el refugiarse bajo un despotismo que promete silencio y descanso. No por eso debemos dejar de continuar hablando, escribiendo é imprimiendo: á veces salen recursos muy imprevistos de la constancia. Por eso de tantos buenos ejemplos como habeis dado, el que siempre tengo presente está comprendido en una sola palabra: perseverancia.

»Recibid, caballero, los sentimientos de inalterable afecto con que tengo á dicha confesarme vuestro mas afectísimo servidor.

»A. CARREL.»

«Puteaux, junto á Neully, 4 de octubre de 1854.»

Mr. Carrel fue encerrado en Santa Pelagia, é iba yo á verle dos ó tres veces por semana: encontrábase de pié detrás de los hierros de su ventana, y me recordaba á su vecino, un leon jóven de Africa en el jardin de las plantas: inmóvil junto á los hierros de su jaula, el hijo del desierto paseaba sus miradas vagas y tristes por los objetos exteriores: conociase que no viviria mucho tiempo. En seguida bajábamos Mr. Carrel y yo: el servidor de Enrique V se pesaba con el enemigo de los reyes en un patio húmedo, sombrío, estrecho y rodeado de altas paredes, como un pozo. Tambien en aquel patio se paseaban otros republicanos: aquellos jóvenes y ardientes revolucionarios, con bigotes, barba, largos cabellos y gorro teuton ó griego, de pávido semblante, miradas adustas y aspecto amenazador, tenían el aire de aquellas almas preexistentes en el Tártaro antes de llegar á la luz: disponíase á hacer irrupcion en la vida. Su traje causaba en ellos el efecto que el uniforme en el soldado, que la sangrienta camisa de Neso en Hércules: era aquel un mundo vengador, oculto tras de la sociedad actual, y que hacia estremecer.

Por las noches se reunian en el cuarto de su gefe Armand Carrel, en donde hablaban de lo que habian de hacer á su advenimiento al poder y de la necesidad de derramar sangre. Suscitábanse discusiones acerca de los grandes ciudadanos del terror: unos, partidarios de Marat, eran ateos y materialistas; otros, admiradores de Robespierre, admiraban á ese nuevo Cristo. ¿No habia dicho San Robespierre, en su discurso sobre el Ser Supremo, que la creencia en Dios *daba fuerzas para arrostrar la desgracia, y que la inocencia sobre el cadalso hacia palidecer al tirano sobre su carro triunfal?* Artimaña de un verdugo que habla con enternecimiento de Dios, de desgracia, de tiranía, de cadalso, á fin de persuadir á los hombres que no mata mas que culpables, y eso por un efecto de virtud; prevision de malhecho-

res que, viendo llegar el castigo, se constituyen de antemano en Sócrates ante el juez, y procuran asustar al cuchillo amenazándole con su inocencia.

La permanencia en Santa Pelagia hizo daño á monsieur Carrel: encerrado con cabezas ardientes, combatía él sus ideas, les reñía, les desafiaba, negándose con nobleza á ituminar el 21 de enero; pero al mismo tiempo se irritaba con los padecimientos, y su razon se deslumbraba por los sofismas del asesinato que resonaban á sus oídos.

Las madres, hermanas y mujeres de aquellos jóvenes venian á cuidarlos por las mañanas y arreglar su cuarto. Pasando yo un dia por el corredor que conducia al cuarto de Carrel, oí una voz encantadora que salia de un aposento inmediato: una mujer hermosa, sin sombrero, y con los cabellos sueltos, sentada en el borde de un jergon, estaba cosiendo el vestido desgarrado de un preso arrodillado, que no tanto parecia el cautivo de Felipe como el de la mujer á cuyos piés estaba encadenado.

Puesto Mr. Carrel en libertad, venia á verme á su vez. Algunos dias antes de su hora fatal habia venido á traerme el número de *El Nacional* en que se habia tomado la molestia de insertar un artículo relativo á mis *Ensayos sobre la literatura inglesa*, y en que habia citado con demasiados elogios las páginas que terminan aquellos *Ensayos*. Despues de su muerte me entregaron dicho artículo, escrito todo de su mano, y que conservo como una prenda de su amistad. ¡*Despues de su muerte!* ¡Qué palabras acabo de trazar sin hacer alto en ellas!

Aun cuando sea el duelo un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor, no por eso es menos horrible, sobre todo cuando destruye una vida llena de esperanzas y priva á la sociedad de uno de esos hombres raros que solo aparecen despues del trabajo de un siglo en la cadena de ciertas ideas y de ciertos sucesos. Carrel cayó en el bosque que vio caer al duque de Enghien: la sombra del nieto del gran Condé sirvió de testigo al ilustre plebeyo, y lo llevó consigo. Ese bosque fatal me ha hecho llorar dos veces: al menos no me tengo que echar en cara haber faltado en esas dos catástrofes á lo que debía á mis simpatías y á mi dolor.

Carrel, que en sus demás desafíos jamás habia pensado en la muerte, pensó en ella antes de este, y empleó la noche en escribir, como si hubiese sido avisado del resultado del combate. El 22 de julio de 1835 se dirigió puntual y ligero á aquellos bosques en que el corzo juega á la misma hora.

Colocado á la distancia convenida, caminó con rapidez, y disparó sin perfilarse, como era su costumbre: parecia que nunca habia bastante peligro para él. Herido mortalmente, y sostenido en brazos de sus amigos, al pasar por delante de su adversario, herido tambien, le dijo:—«¿Padeceis mucho, caballero?» Armand Carrel era tan afable como intrépido.

El 22 supe demasiado tarde el accidente: el 23 por la mañana me dirigí á Saint-Mandé: los amigos de Mr. Carrel se hallaban sobremana alarmados. Quise entrar; pero el cirujano me hizo observar que mi presencia podria causar al enfermo una emocion sobrado viva y hacer desvanecer la débil vislumbre de esperanza que todavía se tenia. Retiréme consternado. Al dia siguiente, 24, cuando me disponia á volver á Saint-Mandé, Jacinto, á quien habia enviado delante, vino á decirme que el infortunado jóven habia espirado á las cinco y media, despues de sufrir atroces dolores: la vida en toda su fuerza habia dado un combate desesperado á la muerte.

Los funerales tuvieron lugar el martes 26. Ha-

bian llegado de Rouen el padre y el hermano de Mr. Carrel, y los hallé encerrados en un cuarto con tres ó cuatro de los compañeros mas íntimos del hombre cuya pérdida deplorabamos. Me abrazaron, y el padre de Mr. Carrel me dijo:—«Armando hubiera sido cristiano como su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas: no le faltaba á la aguja mas que recorrer algunas horas para llegar al mismo punto del cuadrante.» Sentiré eternamente no haber visto á Carrel en su lecho de muerte: no habria desesperado en el momento supremo de hacer recorrer la *aguja* el espacio que la separaba del punto en que se habria fijado sobre la hora del cristiano.

Armand Carrel no era tan anti-religioso como se ha supuesto: tenia dudas, y cuando de la firme incredulidad se pasa á la indecision, se está muy próximo á llegar á la certidumbre. Pocos dias antes de su muerte decia:—«Daria toda esta vida por creer en la otra.» Dando cuenta del suicidio de Mr. Santelet, habia escrito estas enérgicas palabras:

«He podido conducir mi vida en el pensamiento hasta ese instante, rápido como el relámpago, en que la vista de los objetos, el movimiento, la voz y el sentimiento huirán de mí, y en que las últimas fuerzas de mi espíritu se reunirán para formar la idea: muero, pero el minuto, el segundo que seguirá inmediatamente despues me ha causado siempre un horror indefinible: mi imaginacion se ha negado siempre á adivinar nada de él. Las profundidades del infierno son mil veces menos espantosas de medir que esa universal incertidumbre:

To die, to sleep.

To sleep! perchance to dream!

»He visto en todos los hombres, cualquiera que sea la fuerza de sus caracteres ó de sus creencias, esa misma imposibilidad de ir mas allá de su última impresion terrestre, y perder allí la cabeza, como si al llegar á este término se encontrara uno suspendido sobre un precipicio de diez mil piés. Se procura desear esa espantosa vista para ir á batirse en duelo, dar el asalto á un reducto ó arrostrar un mar embravecido: hasta parece que se mofa uno de la vida y muestra un semblante tranquilo, contento, sereno; pero es porque la imaginacion presenta el triunfo antes que la muerte; porque el ánimo se para mucho menos en los peligros que en los medios de salir de ellos.»

Estas palabras son notables en boca de un hombre que debia morir en un duelo.

Cuando en 1800 volví á Francia, ignoraba que en la costa donde desembarcaba me nacia un amigo. En 1830 he visto bajar á ese amigo á la tumba, sin esos consuelos religiosos cuyo recuerdo traia á mi patria el primer año del siglo.

Seguí al féretro desde la casa mortuoria hasta el sitio de la sepultura: iba al lado del padre de monsieur Carrel, y daba el brazo á Mr. Arago: Mr. Arago ha medido el cielo que habia yo cantado.

Al llegar á la puerta del pequeño cementerio campestre se detuvo el convoy, y se pronunciaron discursos. La ausencia de la cruz me indicaba que el signo de mi afliccion debia permanecer en el fondo de mi alma.

Hacia seis años que al pasar en las joradas de julio por delante de la columnata del Louvre, cerca de un foso abierto, encontré allí á unos jóvenes que me llevaron al Luxemburgo, á donde iba á protestar en favor de una monarquía que acababan ellos de derribar: despues de seis años iba yo á asociarme en el aniversario de las fiestas de julio al sentimiento de

aquellos jóvenes republicanos, como se habian asociado ellos á mi fidelidad. ¡Extraño destino! Armand Carrel ha exhalado su último suspiro en casa de un oficial de la guardia real que no ha prestado juramento á Felipe; realista y cristiano, he tenido el honor de llevar una punta del velo que cubre nobles cenizas, pero que no las ocultará.

Muchos reyes, príncipes, ministros y hombres que se creian poderosos han desfilado por delante de mí, y no me he dignado quitar mi sombrero á su féretro ó consagrar una palabra á su memoria. He hallado mas que estudiar y que pintar en las filas intermedias de la sociedad que en las de los que hacen llevar su librea: una casaca bordada de oro no equivale al pedazo de franela que la bala introdujo en el vientre de Carrel.

Carrel, ¿quién se acuerda de vos? Las medianías y los cobardes á quienes vuestra muerte ha librado de vuestra superioridad y de su miedo, y yo, que no era de vuestras ideas. ¿Quién piensa en vos? ¿Quién se acuerda de vos? Os felicito por haber acabado un viaje cuyo prolongado espacio se hace tan desagradable y desierto, por haber acercado el término de vuestra marcha al alcance de una pistola, distancia que os pareció demasiado grande aun y que redujisteis avanzando á la longitud de una espada.

Envidio á los que han marchado antes que yo: como los soldados de César en Brindis, tiendo mi vista desde lo alto de las rocas de la costa sobre el alto mar, y miro hácia el Epiro por si veo volver á las naves que traspasaron á las primeras legiones, para llevarme á mi vez.

Despues de haber revisado esto en 1839, añadiré que habiendo visitado en 1837 la sepultura de monsieur Carrel, la encontré muy descuidada, pero vi una cruz de madera negra que habia colocado junto al muerto su hermana Natalia. Pagué al enterrador Vaudran diez y ocho francos que quedaban aun á deberse por el enverjado, y le encargué que cuidase de la fosa, sembrase en ella cesped y mantuviese flores. A cada cambio de estacion marchó á Saint-Mandé para pagar mi compromiso y asegurarme de que mis intenciones han sido fielmente ejecutadas (1).

#### DE ALGUNAS MUJERES.

Próximo á terminar mis apuntes, y pasando revista en torno mio, veo mujeres á quienes he olvidado involuntariamente, ángeles agrupados por bajo de mi cuadro, están apoyados sobre el marco para mirar el fin de mi vida.

En otros tiempos encontré mujeres diversamente conocidas ó célebres. Las mujeres han cambiado hoy de sistema: ¿valen mas ó valen menos? Muy natural es que yo me incline á lo pasado; pero lo pasado está rodeado de un vapor, en el que los objetos toman un tinte agradable y á veces engañoso. Mi juventud hácia la cual no puedo ya volver, me causa el mismo efecto que mi abuela: apenas me acuerdo de ella, y volveria á verla con gusto.

Del *Mechascebée* me ha llegado una luisianesa: creí ver en ella á la virgen de los últimos amores.

Celestina me ha escrito varias cartas que podrian estar fechadas de la *luna de las flores*: me ha enseñado fragmentos de memorias que ha compuesto en

(1) *Recibos del enterrador.*—«He recibido de Mr. de Chateaubriand la suma de diez y ocho francos que quedaban á deberse por el enverjado que rodea la tumba de Mr. Armand Carrel, Saint-Mandé 21 de junio de 1837.—En resguardo.—Vaudran.»

«He recibido de Mr. de Chateaubriand la suma de veinte francos para la conservacion en buen estado de la tumba de Mr. Armand Carrel, en Saint-Mandé. Paris 28 de setiembre de 1839.—En resguardo.—Vaudran.»

las sabanas de Alabama. Algun tiempo despues me escribió Celestina que estaba ocupándose en hacer un traje para su presentación en la corte de Luis Felipe; yo volví á tomar mi piel de oso. Celestina se ha cambiado en cocodrila del pezo de las Floridas: concédale el cielo paz y amor en tanto que aquellas cosas duran.

MAD. TASTU.

Hay personas que interponiéndose entre uno y su pasado impiden á vuestros recuerdos llegar hasta vuestra memoria: otras hay que se mezclan desde luego á lo que uno ha sido. Mad. Tastu produce este último efecto. Su manera de hablar es natural, habiendo dejado la jerga gaula á los que creen rejuvenecerse ocultándose en las casacas de nuestros abuelos. Favorino decía á un romano que afectaba hablar el latin de las doce tablas: — «¿Queréis conversar con la madre de Evandro?»

Ya que hablo de la antigüedad, diré algo de las mujeres de sus pueblos, bajando la escala hasta nuestra época. Las mujeres griegas han celebrado á veces la filosofía; con mas frecuencia han seguido á otra divinidad: Safo se quedó convertida en la inmortal sibila de Guido; no se sabe lo que hizo Corina despues de haber vencido á Píndaro; Aspasia habia enseñado Venus á Sócrates.

«Sócrates, sé dócil á mis lecciones. Llénate del entusiasmo poético: por su encanto poderoso lograrás que te corresponda el objeto á quien amas: con el sonido de la lira lograrás encadenarlo, transmitiendo hasta su corazón por su oído la imagen acabada de la pasión.»

El soplo de la musa que pasó sobre las mujeres romanas sin inspirarlas vino á reanimar á la nacion de Clodoveo, todavía en la cuna. La lengua de Oyl tuvo á María de Francia: la lengua de Oo á la dama de Die, la cual, en su castillo de Vaucluse, se quejaba de un amigo cruel.

«Querria yo saber, mi gentil y hermoso amigo, por qué sois conmigo tan duro y tan cruel.»

La edad media trasmite estos cánticos al renacimiento. Luisa Labé decía:

«¡Ay! ¡Si fuese yo arrebatada en el hermoso seno de aquel por quien muero!»

Clementa de Bourges, llamada la Perla oriental, que fue enterrada con el rostro descubierto y la cabeza coronada de flores á causa de su belleza, las dos Margaritas y María Estuardo, reinas las tres, han expresado sencillas debilidades en lenguaje sencillo.

Yo he tenido una tia casi de esa época de nuestro Parnaso; Mad. Claudia de Chateaubriand; pero estoy mas apurado con Mad. Claudia, que con la señorita de Boisteilleul. Mad. Claudia encubriéndose bajo el nombre del amante, dirige sus setenta sonetos á su querida. Lector, perdona á los veinte y dos años de mi tia Claudia: *parcendum teneris*. Si mi tia Boisteilleul era mas discreta, lo debía á tener quince lustros y medio cuando cantaba, y el traidor Tremigon no se presentaba ya á su antiguo pensamiento de curruca sino como un milano.

De todas maneras creó oportuno presentar algunos pensamientos de las rimas de mi tia Claudia, por las que merece ocupar un puesto entre las antiguas poetas:

PENSAMIENTOS TOMADOS DEL SONETO LXVI.

«¡Ah! ¡De qué extraña manera me trata el amor,

puesto que no me da aliento para juntar la verdad de mis deseos, ni me atrevo á quejarme de su rigor, ni á pedirle lo que mas he deseado!»

«Mis ojos me servirán de idioma en lo sucesivo para poder expresarte libremente lo que siento. Oigan (entiendan) pues, tus ojos, lo que mis ojos te digan.»

«¡Feliz invencion seria la de poder conseguir que los ojos oyeran y dijeran el concepto que los labios no se atreven á pronunciar!»

Cuando se fijó la lengua se estrechó la libertad de sentir y de pensar. No se recuerda del tiempo de Luis XIV mas que á Mad. Desboulis, alternativa-mente elogiada y despreciada en demasia. La elegía se prolongó por el pesar de las mujeres, bajo el reinado de Luis XV hasta el de Luis XVI, en donde principian las grandes elegías del pueblo: la antigua escuela viene á morir en Mad. de Bourdin, poco conocida hoy, y que sin embargo ha dejado una oda notable sobre el silencio.

La nueva escuela ha arrojado sus pensamientos en otro molde: Mad. Tastu camina en medio del coro moderno de las mujeres poéticas, en prosa y verso, las Allart, las Walder, las Valmore, las Segalas, las Revoil, las Mercoeur, etc. etc.; *castalidum turba*. Habrá que sentir que, á ejemplo de las Aonidas, no haya celebrado esa pasión que, segun la antigüedad, desarruga la frente del Cocito y la hace sonreír á los suspiros de Orfeo? En los conciertos de Mad. Tastu, el amor no repite sino himnos tomados de voces extranjeras. Esto recuerda lo que se dice de Mad. Malibrán, que cuando queria dar á conocer un ave, cuyo nombre habia olvidado, imitaba su cántico.

MAD. SAND.

A Jorge Sand, llamada por otro nombre Mad. Dudevant, que habló de René en la *Revista de ambos mundos*, le di las gracias: ella no me contestó. Algun tiempo despues me envió á *Lelia*, y no le contesté. Muy luego tuvo lugar una breve explicacion entre los dos.

«Me atrevo á esperar que me perdonareis el no haber contestado á la carta lisonjera que tuvisteis á bien escribirme cuando hablé de René con motivo de *Oberman*. No sabia cómo daros las gracias por todas las expresiones benévolas que habeis empleado respecto de mis libros.»

«Os he enviado á *Lelia*, y deseo vivamente que merezca tambien vuestra proteccion. El privilegio mas hermoso de una gloria universalmente aceptada como la vuestra es acoger y animar en sus principios á los escritores inexpertos, para los que no hay triunfo duradero sin vuestro patronato.»

«Recibid la seguridad de mi alta admiracion, y tenedme, caballero, por uno de vuestros mas fieles creyentes.»

«JORGE SAND.»

A fines de octubre Mad. Sand me envió su nueva novela *Jacobo*: acepté el regalo.

«30 de octubre de 1850.»

«Me apresuro, señora, á ofreceros mis sinceras gracias. Voy á leer el *Jacobo* al bosque de Fontainebleau, á orillas del mar. Si fuera mas jóven, tendria menos valor; pero los años me defenderán contra la soledad sin quitar nada á la admiracion apasionada que profeso á vuestro talento, y que á nadie oculto. Habeis añadido, señora, un nuevo prestigio á esta ciudad de los sueños, de donde partí en otro tiempo para Grecia con un mundo entero de ilusiones: ha-

biendo vuelto al punto de partida, René paseó últimamente en el Lido sus pesares y recuerdos entre Childe-Harold, que se habia retirado ya, y Lelia, próxima á aparecer.

«CHATEAUBRIAND.»

Mad. Sand posee un talento de primer orden: sus descripciones tienen la verdad de las de Rousseau en sus *Meditaciones* y de las de Bernardin de Saint-Pierre en sus *Estudios*. Su estilo franco no está manchado con ninguno de los defectos del dia. *Lelia*, pensosa de leer, y que no ofrece algunas de las escenas deliciosas de *Indiana* y de *Valentina*, es, no obstante, una obra maestra en su género: de la naturaleza de la orgía, carece de pasión, y perturba como una pasión: le falta el alma, y sin embargo, pesa sobre el corazón: la depravacion de las máximas; el insulto á la rectitud de la vida no pueden ir mas lejos; pero sobre ese abismo la autora hace descender su talento. En el valle de Gomorra cae por las noches el rocío sobre el mar Muerto.

Las obras de Mad. Sand, esas novelas, poesía de la materia, son producto de la época. A pesar de su superioridad es de temer que la autora, por la naturaleza misma de sus escritos, haya estrechado el círculo de sus lectores. Jorge Sand no pertenecerá nunca á todas las edades. De dos hombres iguales en genio, uno de los cuales predique el orden y el otro el desorden, el primero atraerá mayor número de oyentes: el género humano rehusa aplausos unánimes á lo que lastima la moral, almohada sobre la que duermen el débil y el justo: nadie asocia á todos los recuerdos de su vida libros que han causado nuestro primer rubor, y cuyas páginas no ha aprendido de memoria descendiendo de la cuna; libros que han sido leídos á hurtadillas; que no han sido nuestros compañeros confesados y queridos; que no se han mezclado, ni al candor de nuestros sentimientos, ni á la integridad de nuestra inocencia. La Providencia ha encerrado en limites estrechos los triunfos que no tienen origen en el bien, y ha dado la gloria universal por estímulo á la virtud.

Bien sé que raciono como hombre cuya limitada vida no abraza el vasto horizonte *humanitario*; como hombre retrógrado, adicto á una moral que causa risa, moral caduca de otros tiempos, buena cuando mas para espíritus sin luces en la infancia de la sociedad. Muy pronto va á nacer un nuevo Evangelio, muy superior á los lugares comunes de esa sabiduría de convenio que detiene los progresos de la sabiduría humana y la rehabilitacion de ese pobre cuerpo tan calumniado por el alma. Cuando las mujeres recorran las calles; cuando baste para casarse abrir una ventana é invocar á Dios para la boda como testigo, sacerdote y convidado, entonces quedará destruido todo recato, habrá desposorios por todas partes, y se elevará uno, como las palomas, á la altura de la naturaleza. Mi crítica del género de las obras de Mad. Sand, no tendria pues, valor alguno, sino en el orden vulgar de las cosas pasadas: de consiguiente espero que no se ofenderá aquella por lo que digo: la admiracion que le profeso debe hacerle disculpar observaciones que tienen su origen en la infelicidad de mi edad. En otro tiempo me habria dejado arrebatar mas por las musas: estas hijas del cielo eran en otro tiempo mis hermosas queridas; hoy no son mas que mis antiguas amigas: por la noche me hacen compañía en el rincón de mi hogar; pero me abandonan pronto, porque me acuestro temprano, y ellas se van á velar al hogar de Mad. Sand.

Sin duda Mad. Sand probará asi su omnipotencia intelectual, y, sin embargo, agradará menos, porque

será menos original; creará aumentar su poder entrando en las profundidades de esos ensueños, bajo los cuales se nos sepulta á nosotros, vulgo deplorable, y no tendrá razon; porque ella es muy superior á ese vacío, á ese abismo, á ese orgulloso galimatias. Al paso que hay que poner en guardia contra necedades superiores una facultad rara, es preciso prevenirle tambien que los escritos de imaginacion, las pinturas íntimas (como se dice ahora), son limitados; que su fuente está en la juventud; que cada instante seca algunas gotas, y que al cabo de cierto número de producciones se acaba por repeticiones pálidas.

¿Puede asegurarse que Mad. Sand encontrará siempre el mismo encanto en lo que compone hoy? ¿No perderán en su juicio el mérito y el arrebató de las pasiones de veinte años, como las obras de mis primeros dias se han rebajado en el mio? Unicamente los trabajos de la musa antigua son los que no cambian, sostenidos como están por la nobleza de las costumbres, la belleza del lenguaje y la magestad de esos sentimientos difundidos en toda la especie humana. El cuarto libro de la *Eneida* quedó para siempre expuesto á la admiracion de los hombres, porque está suspendido en el cielo. La escuadra que trae al fundador del imperio romano; Dido, fundadora de Cartago, atravesándose el pecho despues de anunciar á Aníbal,

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

el Amor haciendo brotar de su antorcha la rivalidad de Roma y Cartago, y poniendo fuego con su tea á la pira fúnebre, cuya llama divisa Eneas fugitivo sobre las olas, es otra cosa que el paseo de un visionario por un bosque, ó la desaparicion de un libertino que se ahoga en una charca. Espero que Mad. Sand asociará algun dia su talento á asuntos tan duraderos como su genio.

Mad. Sand no puede convertirse sino por la predicacion de ese misionero de calva frente y de blanca barba, llamado *el tiempo*. Una voz menos austera encadena el oído cautivo de la poetisa. Estoy persuadido de que el talento de Mad. Sand tiene alguna raíz en la corrupcion; seria vulgar si se hiciese tímida. Otra cosa hubiera sido si hubiese permanecido siempre en el santuario no frecuentado de los hombres: su energía de amor, contenida y oculta bajo el velo virginal, habria arrancado de su seno esas poderosas melodías que participan de la mujer y del ángel. Como quiera que sea, la osadía de las doctrinas y la voluptuosidad de las costumbres son un terreno que no habia sido aun cultivado por una hija de Adán, y que, entregado á una mano femenina, ha producido una cosecha de flores desconocidas. Dejemos á Mad. Sand engendrar peligrosas maravillas hasta la aproximacion del invierno: ella dejará de cantar *cuando lleque el cierzo*: entre tanto suframos que, menos imprevisoro que la cigarra, haga provision de gloria para el tiempo en que haya escasez de placer. La madre de Musarion repetía á este: — «No siempre tendrás diez y seis años. ¿Se acordará siempre Chæreas de sus juramentos, de sus lágrimas y de sus besos (1)?»

Por lo demás, multitud de mujeres han sido seducidas y como arrebatadas por sus jóvenes años; y vueltas al hogar materno hácia los dias de otoño, han añadido á su cítara la cuerda grave ó lastimera sobre la que se expresa la religion ó la desgracia. La vejez es una viajera nocturna para quien está oculta la tierra, y que no descubre mas que el cielo brillante por encima de su cabeza.

(1) Luciano: *Diálogos de las cortesanas*, vii.

No he visto á Mad. Sand vestida de hombre ó con la blusa y el palo claveteado del montañés: tampoco la he visto beber en la copa de las bacantes y fumar indolentemente recostada sobre un sofá como una sultana: singularidades naturales ó afectadas que nada añadirían para mí á su encanto ó á su genio.

¿Se siente mas inspirada cuando hace subir de su boca una nube de humo alrededor de sus cabellos? Se escapó *Lelia* del cerebro de su madre á través de una ardiente bocanada, como salió el pecado, segun el dicho de Milton, de la cabeza del hermoso arcángel culpable en medio de un torbellino de humo. No sé lo que pasa en los sagrados átrios; pero aquí bajo, Nemeades, Phila, Lais, la aguda Guathenes, Phryné desesperacion del pincel de Apeles y del cincel de Praxiteles; Leena, que fue amada de Harmedio; las dos hermanas llamadas Aphies, porque eran delgadas

y tenían grandes ojos; Dorica, cuya madeja de cabellos y cuyo traje perfumado fueron consagrados á Venus: todas estas encantadoras, en una palabra, no conocen mas aromas que los de la Arabia; verdad es que Mad. Sand tiene á su favor la autoridad de las odaliscas y de las jóvenes mejicanas que bailan con el cigarro en la boca.

¿Qué impresion me ha causado la vista de Mme. Sand despues de algunas mujeres superiores y tantas encantadoras á quienes he encontrado; despues de esas hijas de la tierra que decian con Safo, como Mad. Sand: «Ven á nuestras deliciosas comidas, madre del amor, á llenar del néctar de las rosas nuestras copas?» Colocándome alternativamente en la ficcion y en la verdad, la autora de *Valentina* ha causado en mí dos impresiones muy diversas.

En la ficcion: no hablaré de ella porque no com-



TALLEYRAND.

prendo su lengua. En la realidad: como hombre de edad madura, que tengo nociones de la honestidad, y doy como cristiano el mas alto precio á las virtudes tímidas de la mujer, no podria decir hasta qué punto me condolia de tantas cualidades entregadas á esas horas pródigas é infieles que desgastan y huyen.

MR. DE TALLEYRAND.

Paris 1838.

En la primavera de este año, 1838, me ocupé del

*Congreso de Verona*, que, segun mis compromisos literarios, tenia obligacion de publicar; ya he hablado de él en su lugar en estas *Memorias*. Un hombre se ha marchado: ese guardia de la aristocrácia escolta á retaguardia á los poderosos plebeyos que han partido ya.

Cuando Mr. de Talleyrand apareció por primera vez en mi carrera política, dije ya algunas palabras acerca de él. Ahora me es conocida su existencia entera por su última hora, segun la frase feliz de un antiguo.

He tenido relaciones con Mr. de Talleyrand, y le he sido fiel como hombre de honor, segun ha podido notarse, especialmente con motivo de la incomodidad de *Monsieur*. Demasiado sencillo, tomé parte en lo que le acontecia de desagradable, y le compadecí

cuando Maubreuil le pegó en la mejilla. Hubo un tiempo en que me solicitaba con ahinco; y segun se ha visto, me escribia á Gante que yo era *un hombre fuerte*: cuando estuve alojado en la calle de las Capuchinas me envió con la mayor galantería un sello de los negocios extranjeros, talisman grabado sin duda bajo su constelacion. Quizá por no haber abusado yo de su generosidad se convirtió en enemigo mio sin provocacion alguna de mi parte, si se exceptúan algunos triunfos que yo obtuve y que no eran obra suya. Sus dichos corrian por el mundo y no me ofendian, porque Mr. de Talleyrand no podia ofender á nadie; pero la intemperancia de su lengua me ha relevado del silencio, y puesto que se ha permitido juz-

garme, me ha dejado en libertad de usar del mismo derecho con respecto á él.

La vanidad engañó á Mr. de Talleyrand; tomó su papel por su genio; creyóse profeta, equivocándose en todo: su autoridad no tenia valor alguno en cosas futuras: no veia delante de sí, y solo sí en lo pasado. Desprovisto de la fuerza del golpe de vista y de la luz de la conciencia, nada descubria parecido á la inteligencia superior, nada apreciaba que fuese probidad. Sacaba buen partido de los accidentes de la fortuna cuando se presentaban esos accidentes que nunca preveia, pero únicamente en provecho de su persona. Desconocia esa amplitud de ambicion que envuelve los intereses de la gloria pública, como el tesoro mas provechoso á los



MME. STAEL.

intereses privados. De consiguiente Mr. de Talleyrand no pertenece á la clase de seres propios para convertirse en una de esas creaciones fantásticas á que las opiniones falseadas ó engañadas añaden continuamente caracteres ideales. Sin embargo, hay que convenir en que varios sentimientos, en armonía por diversas razones, concurren á formar un Talleyrand imaginario.

En primer lugar, los reyes, los gabinetes, los antiguos ministros extranjeros, los embajadores, engañados en otro tiempo por aquel hombre, se hallan en el caso de probar que no han obedecido mas que á una superioridad verdadera: se habrian quitado el sombrero al marmiton de Bonaparte.

Despues los miembros de la antigua aristocrácia francesa, ligados á Mr. de Talleyrand, se glorían de contar en sus filas á un hombre que habia tenido la bondad de asegurarles de su grandeza.

Por último, los revolucionarios y las generaciones inmorales, al paso que truenan contra los nombres, tienen una inclinación secreta hácia la aristocrácia: estos singulares neófitos buscan con placer su bautismo, y creen adquirir con ello las buenas maneras. La doble apostasia del principe halaga al propio tiempo otro lado del amor propio de los jóvenes aristócratas, porque infieren de ahí que su causa es la buena, y que un noble y un eclesiástico son barto despreciables.